

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Julio José Ordovás

# Paraíso Alto



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Ilustración:* detalle del mural del monasterio  
de Sucevita de Rumanía

*Primera edición:* octubre 2017

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Julio José Ordovás, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2017

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9843-9

Depósito Legal: B. 18377-2017

Printed in Spain

Reinbook serveis gràfics, sl, Passeig Sanllehy, 23  
08213 Polinyà

Dejaste una nota de despedida: «Adiós. Voy a buscar el paraíso.»

ILEGALES

Oficio de ángel

Yo también vine a Paraíso Alto a suicidarme.

No hay lugar más apartado del camino de Dios. Un pueblo abandonado envuelto en una luz de limbo, con un cementerio sin lápidas y sin cruces.

Se dicen muchas cosas de Paraíso Alto y no todas son ciertas. Tras comprobar que no había manos que salieran del suelo para agarrar al recién llegado por los pies y arrastrarlo a las profundidades, entré en la iglesia. Había una caja de cerillas y pensé que aquellas cerillas estaban allí para ayudarme a encontrar la fe. Encendí las velas del altar y me entretuve lanzando al aire cerillas encendidas hasta vaciar la caja. Después busqué un árbol apropiado para colgarme y cuando ya lo tenía todo dispuesto cambié de opinión. No fue el miedo a la muerte ni unas repentinas ganas de vivir lo que hizo que me echara atrás en el último segundo.

Tampoco me iluminó un rayo divino ni me frenaron los pájaros con su fastidiosa alegría. Simplemente cambié de opinión.

En Paraíso Alto las horas no hieren. El viento silba siempre la misma canción y el cielo no ofrece consuelo ni esperanza.

Unos cerros atormentados velan el cadáver del pueblo. El río es un crespón de luto, y el pinar un coro de plañideras.

Paraíso Alto está orientado únicamente al suicidio. En sus calles, barridas por la desolación, solo se oyen palabras sin vida que resuenan al rodar por el empedrado.

Pero bajo esta máscara funeraria Paraíso Alto esconde una sonrisa.

La sonrisa del ahorcado.

De mis primeros días en Paraíso Alto tengo un recuerdo poco nítido. Sonambuleé como un naufrago en una isla desierta a la espera de que sucediese un milagro o un cataclismo. Escuché las historias de los árboles y hablé, largo y tendido, con las piedras. Ellas me ayudaron a desengancharme de las servidumbres terrenales y me convencieron para que aceptara el oficio de ángel.

Si bien la mayoría de los suicidas vienen a Paraíso Alto a pie, como peregrinos, también hay quienes vienen en coche, en moto o en bicicleta. Yo me deshago de los vehículos haciéndolos rodar por el barranco del Charco del Agua Muerta y procuro borrar las huellas de los neumáticos.

También doy sepultura a los muertos. Aquí todo el mundo es bienvenido. Hay sitio de sobra en el cementerio.

Los habitantes de Paraíso Alto abandonaron el pueblo dejando la ropa en los armarios, los platos sobre las mesas y las llaves en las puertas. En una de las casas principales, la que está frente al ayuntamiento, hallé una docena de trajes oscuros de corte elegante, varios pares de zapatos de mi mismo número y un sombrero de color aceituna que se ajustaba a mi cabeza a la perfección, lo que me dio una gran alegría, pues tengo el cráneo más abollado que una cacerola vieja y nunca me han encajado bien los sombreros.

Algunos suicidas se sobresaltan cuando me ven aparecer vestido como un espantapájaros.

Me he familiarizado tanto con la muerte que ya no distingo a los vivos de los muertos. Para

unos y para otros lleno de aire mis pulmones y canto:

*Lo mejor de mi vida es el dolor.  
Mi dolor se arrodilla  
como el tronco de un sauce  
sobre el agua del tiempo...*

Mi canción les llena de luz.

Sin diferencia de día y de noche hago oficio de ángel.

Gracias a Carmen gozo de buena salud. Ella se ocupa de mí como una buena samaritana. Carmen vive reclusa, con su madre y su hermano, en la casa de la carretera, a unos cinco kilómetros del pueblo. Ella me lava la ropa, me da de comer, me corta el pelo y me afeita la barba. No cocina tan bien como mi madre, todo sea dicho, pero, al igual que ella, se enfada si no dejo limpio el plato. Después de comer, Carmen me pide que cante, es lo único que me pide, y yo le canto la canción de los suicidas y ella me escucha con los ojos cerrados y la barbilla temblando.

La madre de Carmen no pestañea pero ella también se llena de luz al oír mi canción. Sentada en una silla de mimbre, la vieja parece una momia.